CÓRDOBA

GLORIAS 2014

Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba

Ayuntamiento de Cordoba

Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba con la colaboración del Excmo. Ayuntamiento de Córdoba

Fotocomposición: José Ignacio Aguilera Castelló

Pregón de las Hermandades de Gloria de Córdoba

Miguel Ángel De Abajo Medina

Parroquia de la Trinidad,
26 De Abril De 2014

El ángel del Señor anunció a María.

Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Así empezó todo. Nuestra gloria se empezó a gestar en esa escena. Voluntad divina transmitida por el ángel. Voluntad humana encarnada por María de Nazaret.

La gloria se gestó en su vientre, embarazada de Dios, dio a luz a la salvación del mundo.

Buenas noches, señoras y señores. Muchas gracias a la Agrupación de Cofradías por haber confiado en mis palabras para este acto. Gracias también a todos vosotros, cofrades y amigos por vuestra asistencia y atención. Gracias a la parroquia de la Trinidad, en la cual se casaron mis padres, por su hospitalidad. Muchísimas gracias a mi buen amigo Paco Mellado por sus amables palabras de presentación.

El misterio de la Trinidad, cuya meditación impregna los muros y el ambiente de esta iglesia, se hizo carnal y tangible en la escena del Ángelus, en el vientre de **María Santísima de la Trinidad**.

Hace apenas una semana, se rezaba el Vía Crucis por las calles de esta parroquia hasta depositar al **Cristo de la Salud** en el sepulcro. Con ello parecía que enterrábamos toda esperanza en la tiniebla de la tumba. Pero se hizo de nuevo la luz, y el Crucificado resucitó glorioso restaurando con su **Perdón** una humanidad para la que la muerte ya no es el fin, sino el paso de las **Lágrimas al Rocío**, la Pascua.

El tiempo de la Pascua, de la Gloria, se actualiza cada año en Córdoba con el florecimiento de las advocaciones gloriosas que celebran la fe. La fe es fiesta, alegría, a pesar de la postración. La fe es esperanza, a pesar de los asedios. La fe es libertad, a pesar de los complejos y las cárceles.

En lo más alto del cielo de Córdoba, **San Rafael** custodia a la ciudad, con sus alas de oro y de colores le da sombra en la sequía de sus tribulaciones. La gloria parece desterrada de estos tiempos. Tiempos duros en los que nos muerde el ánimo la fiereza de las crisis sociales, económicas y culturales. Crisis que han roto ilusiones y sueños. San Rafael no es ajeno a tanto desencanto. Su medicina del alma la receta incesantemente sosteniendo a quienes le invocan, pero también, multiplicando los panes y los peces en los comedores de Cáritas, de los Trinitarios, de los conventos e instituciones que hacen tangible y concreto "el pan nuestro de cada día".

La caridad es una urgencia en estos días y años duros, urgencia que las hermandades de gloria han asumido como propia. He visto, en las puertas de los supermercados, a jóvenes de estas cofradías pidiendo para los comedores del prójimo. Hogares y cocinas en los que se pone en práctica la parábola del Buen Samaritano. Casas fraternales, vecinales, de proximidad. Jóvenes, muy jóvenes, que, con esas horas dedicadas a la operación kilo de sus hermandades, ponen raciones de la Medicina Dei de San Rafael en las mesas del necesitado.

En la periferia, el 13 de mayo, la Virgen María camina por las avenidas grandes del barrio de **Fátima**. Bloques de ladrillo rojo y cemento. Bloques de pisos que han costado mucho trabajo sacar adelante, muchas horas en el taller, en la fábrica o en la oficina. En las ventanas, entre los cierres de aluminio, se asoman los vecinos al paso de la Virgen. Caen pétalos desde los altos balcones. Pétalos frescos, flotantes y frágiles entre el áspero cemento y el asfalto. Pisos cuya propiedad, en algunos casos, cuelga de un hilo porque el plazo de la hipoteca se

agota. La Virgen de Fátima, sobre la parihuela que portan sus cofrades y vecinos, lleva prendidas en el manto blanco las angustias que provoca la crisis, la incertidumbre del trabajo precario y la amargura del trabajo perdido. Ella sabe mucho de las cicatrices de los barrios; esos barrios que no tienen iglesias fernandinas de las que presumir, ni calles estrechas por las que lucir a sus imágenes. Barrios en los que Córdoba se diluye y se convierte en una ciudad más, sin rasgos, sin perfiles, sin historia, sin identidad. Por eso, cuando cofradías como la de Fátima se insertan en las periferias, practican la impagable antropología de cultivar la identidad propia y la historia, defendiendo a la ciudad de la globalización que nos uniformiza, aborrega y mimetiza.

Plaza de Capuchinos, la **Reina de los Ángeles** con su Niño entre las manos sale al encuentro de la ciudad, purificando las calles con música y revuelo angelicales. En la vida moderna parece que ya no hay ángeles. La prisa, los ruidos, la contaminación, la corrupción, la demagogia, parece que han acabado con la pureza de los ángeles. En cada rincón de la ciudad hay mensajes que en nada nos los recuerdan: consumo, pornografía, mentiras envueltas en celofán rutilante, basura digital en las letrinas de internet... Todo ello parece que haya espantado a los ángeles. La Hermandad de la Sangre expresa que los ángeles existen, que su pureza es más fuerte que la corrupción, que su voz es más clara y potente que el eructo de la blasfemia, que sus colores son más vivos y alegres que los colores chillones de la promiscuidad vendida en revistas, telebasuras y webs. La pureza pone alas a los cuerpos, los hace libres, ligeros, acerca a los hombres a los ángeles, les presta su luz y su gozo. Ese gozo que brilla en la mirada de la Virgen de los Ángeles, que la rodea de

aire fresco y purísimo, abanicado por las alas de espíritu y sol de alegres querubines.

Uno de esos querubines toca el campanillo de bronce en una ermita. Ángelus en la capilla del **Socorro**. Podemos mirar a la Virgen a los ojos, sentirla cerca, hablarle, contarle nuestras cosas. Cuántas, y qué cosas habrá escuchado la Virgen del Socorro en medio de la Córdoba profunda, la de la Corredera, la de los barrios añejos, vetustos, la de las calles oscuras, las tabernas, el toma y daca de turbios negocios en los que se comercia con todo. ¡Cómo brilla la inocencia de la Virgen sobre el arco de la calle Toril!, en su camarín, más de calle que de cielo, más de mundo que de gloria celestial, con más olor a vida palpitante, o, como diría el papa Francisco, con más olor a oveja que a incienso etéreo y vaporoso. ¡Qué gesto de abrazo hay siempre activo en sus brazos!. Llamar a su puerta, en la noche, en medio de la tormenta, cuando nos traga la oscuridad, cuando ladran a nuestros tobillos las jaurías de los errores, caídas y pecados... llamar a su puerta, es encontrar Socorro seguro. Porque allí está Ella, esperando para dejarnos curar, para vendar nuestras rodillas rotas, nuestra vida gastada.

Como ovejas perdidas sin pastor y sin redil, encontramos en María a la **Divina Pastora** que sale a nuestro encuentro por las calles de Córdoba, nos busca en el Campo de la Verdad, apoyada en el cayado de la Vera Cruz. Su Dulce Nombre nos llama por nuestro propio nombre. Porque nos conoce, sabe cómo tratarnos cuando nos ponemos en sus manos de Pastora, cómo defendernos cuando la tentación aúlla en lo oscuro. Divina Pastora que nos

encuentra en la Plaza de Capuchinos, velando pacientemente por todas y cada una de las ovejas para conducirlas hacia prados y fuentes tranquilas aquí, en la Trinidad, donde repara las fuerzas de su rebaño.

Un rebaño que pide su **Socorro** a finales de septiembre, entre la atmósfera de miel y nardos de las calles blancas de San Pedro, relicario y memoria de los mártires de Córdoba. **San Acisclo y Santa Victoria** derramaron su sangre por las calles que pisamos, fertilizando el suelo que pisan las procesiones y cofradías de gloria; esas calles que nos hacen gozar ante el encuentro anual con la Virgen del Socorro en su otoñal procesión. Cortejo de inciensos, pólvora y cohetes que envuelven su templete sinuoso de rocallas y campanas tintineantes movidas por las manos del Niño.

Niño que juega entre los brazos de su Madre. Madre que nos llama desde San Lorenzo y nos recibe, hospitalaria, en la capilla íntima del sagrario. La **Virgen de Villaviciosa** nos invita a descansar, a contemplar, a pararnos ante el Señor, ante su presencia

eucarística. El sagrario de San Lorenzo es un oasis, un refugio de acogida y descanso. Hospedarse un rato en él restaura las fuerzas. Los problemas no se disuelven, pero se ven de otra manera. A veces, hasta dejan de parecer problemas. La Virgen de Villaviciosa, en el sancta sanctorum de San Lorenzo, transmite cercanía y ternura. Pero hay que mirarla bien, fijarse, pues es pequeñita y puede que eso nos oculte ciertos detalles. Remata su retablo una menuda figurita de San Miguel, que parece más un juguete del Niño, que la imagen del fogoso arcángel de la espada flamígera. Toda la pequeñez, el canon reducido que rodea a la Virgen de Villaviciosa, se hace grande en su historia centenaria, en su devoción ancestral, en la elegancia del recorrido procesional de septiembre que convierte las calles de San Lorenzo en claustro urbano al paso de la Señora, envuelta en plata, sostenida suavemente por los costaleros que la miman, enmarcada entre los sillares ocres de la parroquia fernandina, Rosa Mística, ante el rosetón mudéjar, y alegre, por la beatificación de Cristóbal de Santa Catalina, tan devoto de Nuestra Señora de Villaviciosa, la anfitriona, la posadera que nos espera en la capilla-posada sacramental de San Lorenzo para ofrecernos su hospitalidad, restauración y gozo.

Gozo de aleluyas jubilosas en la ermita de la **Alegría**, Portal de Belén de la hermandad de la Sentencia. La Mujer que es trono de la Alegría acuna al recién nacido. La Alegría se ha hecho carne, habita entre nosotros. Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz en el Belén de la Alegría. La alegría es lo más característico de los santos. Mañana será un día de alegría en la Iglesia, Juan XXIII, papa de la paz y la bondad, papa

de la renovación y la ternura; y Juan Pablo II, papa de la juventud, de los rocieros y, por tanto, de las hermandades de gloria, papa de la valentía, del "no tengáis miedo", del diálogo en las fronteras difíciles y de la caída de muros y barreras, mañana será el día de su alegría, de su santidad. Beatus ille, dichoso aquel que se gloría en el Señor. Se puede estar alegre en estos tiempos, y en la Virgen de la Alegría y sus Misterios Gozosos tenemos una maestra, su pedagogía: las enseñanzas del Carpintero de Nazaret.

Nazaret, pueblo pequeño donde la infancia, adolescencia y juventud de Jesús transcurrieron en el anonimato. La **Virgen de Nazaret** era una mujer discreta, quizás desapercibida, pero que guardaba todas las cosas de Dios en su corazón. Las guardaba y las compartía con la gente a través de sus gestos, sus acciones. En San Antonio de Padua, la Virgen tiene su Nazaret silencioso. En la nave del sagrario de esta humilde parroquia contempla el misterio eucarístico, invitando a su hermandad y a sus devotos a la contemplación y a la acción. La Virgen de Nazaret es una mujer sencilla, pero siempre oportuna y presta al servicio en el momento adecuado: con su prima Isabel, con los novios de Canaán, con los discípulos... María de Nazaret no era una figura quieta, en el santuario de su casa.

El calor es el clima, la temperatura habitual de las hermandades de gloria. El calor es extrovertido, invita a salir a la calle. El calor es el clima que envuelve a la Virgen de San Cayetano en su procesión de julio. La Archicofradía del **Carmen** es la felicísima restauración de una devoción que se había dormido, que se había ido

diluyendo, pero que, en las últimas décadas, revitalizó sus raíces dando lugar al pujante presente que ahora goza, culminado con la gloriosa coronación canónica del año 2012. Trabajo y buena gestión de sus juntas de gobierno, y de los carmelitas, han posibilitado la puesta al día de la Cofradía: cultos celebrados con esmero, buscando la participación, embelleciendo los detalles, realzando el significado profundo de la Virgen real, por medio de la bellísima imagen escultórica.

Extiendes tu mano, Señora, mis labios la besan.
Tu mano de nácar mis dudas despejan.
Hoy beso tus manos, pero en cada beso,
eres Tú quien besas,
quien más amor pone a los besos míos,
porque la tibieza,
la fe vacilante, les restan verdad, valor y franqueza.
Pero, aunque mis besos no me comprometan
a seguir los pasos del Niño bendito que en tus brazos llevas,
perdóname Madre, perdona mis dudas,

perdona mis quejas, perdona el temor,
esa cobardía que me hace callar,
no anunciar tu nombre: Carmen,
nombre que es poema, canción, letanía,
nombre que es belleza, belleza divina, la belleza eterna.
Nombre que, el temor y la cobardía,
a veces silencian estos labios míos,
que tanto te besan.
Por eso, Señora, dame valentía,
para que mis labios, al besar tu mano,
se impregnen de gracia, se impregnen de fuerza,
del impulso y soplo que les haga hablar
con fe y sin flaqueza de las causas tuyas,
de las causas nobles, de las causas justas,
de las causas buenas...
todas esas cosas que el mundo desprecia,
que el mundo arrincona,
y que son las cosas que tú nos ofreces en tu mano blanca,
esa que al besar, a nosotros besa.

Y, aunque a la Virgen se le invoque Altar del Cielo en Lucena, eso no significa que la Virgen no traiga el cielo a la Tierra. Una advocación aracelitana fuera de Lucena se justifica por la necesidad de encarnar en distintos entornos la celestial, pero también muy terrestre y tangible, presencia de la ***Virgen de Araceli****. A veces, los cofrades nos contentamos mirando al cielo, al incienso, a los brillos y bordados, a la belleza sensorial de la imagen. La belleza de la imagen es una Verdad que debe difundirse en la Tierra.*

Campo de la Verdad, sociedad de la mentira. A pesar de la información abundante, a pesar de las redes sociales y su inmediatez, la cizaña de la mentira crece junto a la verdad. La ráfaga que rodea a la Virgen del Rayo es un símbolo de la luz de la verdad, luz que brilla, a veces con intermitencias, con intervalos, pero luz de la Virgen de los Dolores del Rayo del Campo de la Verdad, luz que desafía las inclemencias de la Historia, resistiéndose a que su resplandor se apague a la otra orilla del río. El renovado aliento de su Cofradía permite esperar y desear nuevos bríos a esta centenaria devoción de la **Virgen del Rayo**, dolorosa que pasa el año al pie de la Cruz Guiona, que es la Verdad cofrade del Sábado Santo y cuyos destellos de Pascua anticipan la Resurrección.

En la devoción popular se funden la pasión y la gloria, el dolor y el gozo. El **Cristo de San Álvaro** mezcla ambas vivencias. Por un lado el Crucificado, su Vía Crucis el Viernes de Dolores, su imagen trágica, reflejo de todas las tragedias. Reflejo que el propio San Álvaro de Córdoba

reconoció en el dolor humano, identificando en los desvalidos el rostro, los clavos, las espinas y las llagas del Crucificado de esta centenaria cofradía de sangre gloriosa, que suscita la primera romería de Pascua, la de Santo Domingo. El Vía Crucis que el beato Álvaro de Córdoba inauguró en Santo Domingo de Scala Coeli explica el sentido de las procesiones, ya sean de pasión, o de gloria. San Álvaro buscó en los paisajes de nuestra sierra espacios evocadores de Tierra Santa, para rezar el primer vía crucis de occidente. El recorrido procesional no es un paseo protocolario, ni un maratón, ni un pasacalle cultural, ni deporte sacro. Es un acto de oración que se hace caminando. Peregrinación. Romería. Puede ser camino íntimo y callado, como en las hermandades de silencio. O festivo y gozoso, como en la romería que se celebra mañana en Andújar, la romería de la **Virgen de la Cabeza.**

En la parroquia de San Francisco está la embajada cordobesa de dicha devoción. A mediodía, el primer domingo de mayo, la Axerquía se alegra con la morenísima imagen de Santa María de la Cabeza. Este año se alegrará más, la Virgen irá hasta la Catedral. En el cielo azul del Ángelus del domingo, rompe el silencio la pólvora de los cohetes y el voltear de las campanas. La plata del templete bruñe la luz del sol rodeando a la Madre y al Niño, entrañables figuras de una devoción que asciende, que crece entre las glorias cordobesas, sabor popular con música gozosa inundando de fiesta el Potro, San Pedro, la Corredera y las calles de un mayo de cruces, patios y flores frescas que huelen a hospitalidad con su belleza y color.

Que la Madre es **Amparo** para el Hijo se expresa en la sólida imagen de la Hermandad del Huerto. A pie firme, abraza y muestra, dando amparo, a su Hijo. Pequeño y débil lo protege de la ira de Herodes. Lo protege de la persecución. El primer amparo del hombre, y de la mujer, es su madre y su padre. El misterio de la maternidad y la paternidad que se fragua en el vientre femenino. Primer país del hombre, geografía de la dignidad, de la humanidad, frontera que no admite vulneración. No es nuevo, no es moderno, no es contemporáneo cuestionar la vida de los que no han nacido, o de los nacidos con defecto, o de los nacidos no deseados, o de los que con los años se van averiando: se les rechazaba en Esparta, se les rechazaba en Roma, se les rechazaba en los totalitarismos de mediados y finales del siglo XX, se les rechaza, si son niñas, en China. No es moderno el aborto, ni la eugenesia, ni la eutanasia. Lo nuevo, lo ambicioso, es amparar la vida, la Naturaleza, la ecología humana. Ampararla sin límites, sin recortes sociales en las situaciones de dificultad, dependencia, maltrato y desamparo social, cultural o racial.

La Virgen de la **Cabeza,** chiquitita y morenita, más que morenita, negra, proclama la fraternidad universal de los hombres, una fraternidad que no discrimina por razas, que no distingue por el color de la piel. En sus brazos lleva a un Niño Negro sin prejuicios étnicos. El Cristianismo ha sido y es un antibiótico contra el racismo y sus bacterias, unas bacterias que mutan, que se transforman, que se adaptan y, por ello, hay que estar siempre vigilantes para que no enfermen nuestra coherencia y fe en Aquel que no tuvo complejos en acoger sin distinción de razas, de credo o posición. La Virgen negra

de la Cabeza y su africanismo Niño comparten piel y filiación con el mismo y único Padre de todas las razas, Padre de la variedad y la diversidad.

Para Córdoba, la **Fuensanta** es el pozo de Samaria, aquel en el que la Samaritana bebió el agua del perdón, de la salud del

alma, del bautismo, el agua viva que salta y sacia para siempre. La Virgen de la Fuensanta, en su santuario centenario, lleva, en los últimos años, sufriendo los envites de la confusión, de la incultura y de la fofa implicación de nosotros, sus devotos. Con un inocente caimán, que no tiene la culpa de nada, le quieren hacer la competencia. El hermano caimán, como diría San Francisco de Asís, se ha convertido en un icono laico y sandunguero con el que algunos se empeñan en diluir el nombre de Fuensanta del fondo y la forma de la fiesta. De una fiesta que si no pesa lo que tiene que pesar en la ciudad, es por la blandengue devoción de nosotros, sus devotos, que hasta ponemos en duda si debe o no salir en procesión la Virgen. A mí, el caimán me cae muy bien, es costumbrismo, anécdota, folclore, un reclamo, ecología disecada y popular. Pero el caimán, que no está para muchos trotes, no quiere suplantar a lo principal, se contenta, como buen lagarto, con tomar el sol en el muro del santuario, mientras le hacen cosquillas las moscas. Son otros los que parecen querer canonizarlo, eso sí, por lo civil. Por lo municipal y civil, pues municipales y civiles son los medios que sustentan los homenajes al simpático saurio taxidermizado y seco. La Virgen, que es listísima y sabia, seguramente se ríe cada año cuando surge esta polémica. Una polémica que es cultural, de alfabetización básica en las cosas de Córdoba.

Entre campanas de barro,
blanco como el algodón,
la Virgen va por las calles,
cielo azul, pleno de sol.
Suena la arcilla cocida,

su rumor de surtidor,
de manantial cristalino
se extiende por las aceras.
Que las campanas no paren,
que no se calle su son,
que la Virgen con su Niño
está en la calle regando
sequías del corazón.
Pocito de la Fuensanta,
Pocito de Samaría,
aguas de la sanación.
Aleluyas y campanas
de arcilla blanca cocida
en el horno del fervor,
no dejéis de sonar nunca,
que es Navidad en septiembre,
Natividad de María,
campanas sobre campanas,
campanas con corazón,
campanas de terracota:
¡felicitad a María,
la Virgen de la Fuensanta,
que ya sale en procesión !

En el oasis de la Fuensanta la fe y la ilusión se renuevan. Acercarse a su orilla refresca la sed del espíritu, hidrata la sequedad de la memoria. Su agua trae en la corriente recuerdos de la infancia,

de los mayores que nos acercaron a la Virgen, que nos enseñaron a quererla, que nos hicieron imaginar aventuras con el caimán en las orillas frondosas de Guadalquivires amazónicos.

En la sierra, en los alrededores de su santuario, la Naturaleza exalta a la **Virgen de Linares**, romería festiva de mayo, peregrinación desde la Catedral hasta la sierra: caballos, guitarras, volantes, lunares, flores en el pelo. Costumbrismo, folclore y alegría para ensalzar a la Inmaculada Concepción de Linares, no en Diciembre, sino en Mayo, el mes de María. El color sedoso de las carrozas de papel se intensifica bajo el sol de mayo. Sol que hace vibrar la papiroflexia popular, cuyo estallido multicolor compite con una Naturaleza que le presta su inspiración, sus matices y contrastes. Las carrozas ruedan de luz y color hacia el Santuario de Linares, de la Virgen Conquistadora, la más fernandina de las advocaciones de Córdoba.

La Córdoba más folclórica y popular se aglutina en torno a esta devoción de Linares, así como en la romería de Santo Domingo. Son manifestaciones sagradas y profanas, en las que el rezo se acompaña de buen vino. Las promesas se complementan con peroles, porque en el fondo la fe es fiesta. Es alegría. Cristo comía, Cristo bebía, Cristo reía. Lo criticaron por comer y beber con publicanos y pecadores. Comprendía el gozo porque los amigos del Novio no podían estar tristes mientras el Novio está con ellos. La Pascua nos hace amigos del Novio. Nuestra alegría, propia de un banquete nupcial, está justificada. Una alegría que nada tiene que ver con libros de autoayuda, ni con horóscopos, brujerías, o echadores de cartas. Una alegría que se alimenta de la palabra de Dios y del

alimento con más proteínas, vitaminas y sin ninguna caloría, la dieta perfecta que nutre por siempre: el banquete eucarístico entronizado en el sagrario, en el altar del **Corpus**.

Niños de comunión anteceden el paso de la custodia de oro y plata en el Patio de los Naranjos. La procesión de las procesiones, auto sacramental sublime, que se sigue representando en las calles. La ciudad es bendecida con la visita anual del Señor a sus plazas, escoltado por magnolias en la arquitectura gótica de Arfe. Las cofradías han engrandecido la forma de la procesión con altares hermosos. Pero hay ciertos usos y costumbres, algo rutinarios, en la liturgia de esta procesión, la más sublime, la más santa y hermosa de las que se celebran. Subir y bajar por las mismas calles, cambiar las horas según convengan a la mañana o la tarde, desplazarla del jueves al domingo diluyen, no magnifican, la más magna procesión, la más fragante, la del romero en las calles y las magnolias blancas en el altar.

Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos. La Victoria del cielo será para los niños. Eso lo sabe bien la Hermandad de la Borriquita, la de la Virgen de la Victoria con su Niño Dios entre los brazos. Si hasta Dios se hace Niño, eso quiere decir que nos quiere niños, y María nos ve, como todas las madres, como a niños. Su ternura maternal nos percibe no como adultos grises, rancios y encallecidos por los años y los tropiezos, sino con ojos de Madre que siente a su hijo siempre niño.

El Espíritu Santo, la Blanca Paloma de fuego y luz

ha prendido en San Pablo. Los claretianos, frailes generosos que tantas almas curan en sus pacientes horas de confesionario, han sido recompensados con la entronización en su casa de la Virgen del Rocío. La Blanca Paloma ha impregnado los muros de San Pablo de romero, pino y primavera fragante del camino, de olor a hoguera chispeante en la noche cantándole a la Virgen salves y poemas. La vocación rociera, vocación de cristiano peregrino, busca, explora, lucha contra el viento, el polvo, la lluvia, el frío y el calor de un largo caminar, el más largo, porque le mueve la fe. Es una vocación que carga las carretas de su alma y aviva el fuego de la fe en un Pentecostés que se repite cada vez que grita para sí, en su intimidad, pero con toda la fuerza de su sangre, de sus vísceras y de su respiración:

¡Viva la Virgen del Rocío!
¡Viva la Madre de Dios!
¡Viva el Pastorcillo Divino!

Viva y brillante es la salida de la Hermandad hacia el camino. ¡Qué alegría sana!, ¡qué bullicio sacro!, ¡qué belleza en los arreglos, las flores, los trajes, los bucles, los mantones...! Nos vamos de romería. Nos espera la Madre de Dios. Nos guía el Pastorcillo Divino. Nos llevamos a toda Córdoba prendida en el simpecado de Julio Romero. Flores y plata festejan la carreta. Los cohetes anuncian la comitiva. Flautas suaves y dulces hacen olvidar la dureza del asfalto, del cemento y las aceras, convirtiendo el aire en brisa y campiña, anticipando el coto, las marismas, la tierra prometida del Rocío a la luz de faro del simpecado de Almonte, el mismo que

el año pasado, en inédita y feliz convocatoria, brilló en Noviembre por las calles de Córdoba. Rocío es Pentecostés, llama de amor viva que arde y que no quema, que cae en la ciudad, alegrándola, iluminándola, encendiéndola en el fuego y fe del Espíritu Santo.

Fuego sagrado que prende en la noche de Julio para alumbrar a la **Virgen del Carmen**. Fuego divino que han prendido en su paso las ruedas ardientes del carro de Elías en su ascenso al cielo en el retablo de Valdés Leal. La Virgen lleva en las velas de su paso el fuego del profeta. Su luz se multiplica en lentejuelas y hojillas, en la trama del tisú, en la urdimbre de su manto blanco, majestuoso jardín de tallos y hojas doradas en el que centellean, crepitan y resbalan las chispas y destellos del fuego profético de la fe. La Virgen, blanca y marrón, purísima y dulce, purísima y terrenal, bendice las calles con su escapulario, Puerta Nueva al cielo eterno.

Y el cielo se abre de par en par entre música y campanas. Nardos y cielo. El cielo recibe a la **Virgen de Acá** que asciende en cuerpo y alma en su Asunción por San Basilio, la Judería y la Catedral. La imagen, como una princesa de cuento en su urna de cristales, es paseada en glorioso cortejo por la Córdoba vieja. La Virgen muerta, la Virgen dormida. La vida es sueño, y la Virgen despertará en el cielo, Assumpta en cuerpo y alma, anticipo de la gloria que nos espera. La Asunción de la Virgen consuma el Magníficat. La piedad popular cofrade la viste de sol, la luna por pedestal y coronada de estrellas. La Virgen, tras su luctuosa dormición, recorre los alrededores de la catedral que lleva su nombre,

Santa Iglesia Catedral de Santa María de la Asunción, antigua aljama de Córdoba, pero catedral desde 1236. El culto y la titularidad cristiana es un seguro de vida para este edificio que, abierto a todo el mundo, es templo católico, universal. Y Amén.

San Rafael, en lo alto de sus triunfos, en lo alto del campanario de la Catedral hace sonar al aire el bronce que convoca a la oración, al ángelus y a la gloria. San Rafael es para cada cordobés y cordobesa el ángel de la guarda que, como a Tobías, nos guía por los caminos cotidianos. Así, derramando alegría y gloria recorrió en procesión de fe las calles hace dos años. Es una bendición que San Rafael pise las piedras, tierra y suelo de Córdoba, porque así acerca a nuestros ojos sus ojos de cielo, su alcance de miras, su luz y salud.

San Rafael vino a Córdoba para quedarse, para presidir su paisaje, para coronar sus alturas, para reunirnos bajo su mano y protegernos con su bastón de peregrino. Su primera aparición en la ciudad fue en la **Virgen de la Merced,** el monasterio de los frailes blancos, redentores de cautivos. Allí se inició su amistad con la ciudad en el siglo XVIII, en diálogo con fray Simón de Sousa. Desde entonces, el Arcángel no ha cesado de liberar a Córdoba de amenazas y tribulaciones. Bajo el manto, siempre blanco, de la Virgen de la Merced se inauguraron los encuentros del Ángel con la ciudad.

La Virgen de la Merced es una de esas antiguas advocaciones de gloria que la Historia y la adversidad fueron diluyendo en la

bruma del olvido. Mientras, en San Antonio de Padua, la fe mercedaria brotó en las proximidades de la antigua cárcel y de los presos. Qué más da que la advocación sea de dolor, si es un dolor glorioso, o de gloria, si es una gloria que duele, porque compromete, si la Virgen es la misma, la que libera a los oprimidos por las cadenas de la esclavitud.

Virgen de la Merced, gloriosa advocación que empieza a brotar de nuevo entre las naves barrocas de tu antiguo templo. Virgen de la Merced, que desde tu palio de cadenas, rejas y guirnaldas, has ventilado, al vaivén de tus bambalinas, las cenizas, casi apagadas, las brasas, casi extinguidas, de un carisma redentor que acogió a San Rafael en Córdoba, en Ti, blanca Señora de la Libertad, querríamos ejemplificar el deseo y la petición de revitalización de las devociones de gloria que el tiempo cubrió de olvido o negligencia. Que aquellas que duermen se despierten y levanten el cirio de la fe como faro, como antorcha, como las candelerías que alumbran a las advocaciones gloriosas, a sus nombres diversos, nombres que definen un mismo credo, una misma verdad, aunque con diferentes acentos, semblantes y colores.

La riqueza de los colores con los que se pinta el lienzo de la fe denota alegría, es signo de la fiesta a la que estamos invitados. Color, luz, música, banquete, baile, abrazos, saludos, encuentros, fraternidad, rezos y cánticos, liturgia compartida de salmos e himnos... Esto es lo que nos hace estar de fiesta cuando celebramos la fe, porque nos reconocemos hermanos bajo la maternidad de María y la paternidad de Dios, Padre y Madre que nos ama y que nos quiere como niños.

Niños transparentes, sin dobleces, con la inocencia en la mirada y la voz cuando, entre los cirios encendidos de una procesión de penitencia o gloria, dicen:

Dame cera nazareno...
Dame cera de colores.
Dame cera, porque quiero
completar en esta bola
un mosaico de recuerdos
vividos alrededor de los
cristos y las vírgenes,
a los que amo y que rezo.

El niño se hizo mayor.
Pasó el tiempo de los juegos.
De jugar a pedir cera,
pasó a ser costalero.
En mayo va con la Virgen
de la Cabeza contento.
En julio lleva una luz
del Carmen en su cortejo.
En septiembre sopla fuerte
viento y música de cielo
tras los pasos de la Virgen,
entre cohetes y fuego.

Dame cera nazareno...

Cada gota que caía,
era además un recuerdo,
una vivencia, una edad,
un color, un sentimiento
con los que el niño, al crecer,
fue conservando en la cera
inolvidables momentos.

Dame cera, nazareno,
cera, hermano de luz.
Dame cera porque quiero
fundir colores y gotas
para hacer un cirio nuevo,
cirio pascual que ilumine
la fe en el Cristo vivo,
Cristo de luz candelero,

Dame cera, buen Jesús,
cera, Jesús Nazareno.
¡Es Pascua y Resurrección!
¡Preparad candelerías!
¡Afinad los instrumentos!
¡Que redoblen las campanas!
¡Que el sol prenda el cirio nuevo
de la alegría y la gloria!
¡Cirio pascual, luz de Cristo!
¡Cirio solar con que alumbra

el Nazareno del cielo!
¡Dame cera, buen Jesús!
¡Dame cera, Nazareno!

Muchas gracias

Miguel Ángel de Abajo Medina
Córdoba, 20 de Abril de 2014, Domingo de Resurrección